

"Se admiraban de su doctrina" (Mc. 1:22)
Sal.111; Deut. 18:9-15; 1 Co. 8; Mc. 1:21-28

Hohenau,
Cap. Miranda.

Introducción

Cierta vez un pastor de nuestra iglesia, en Argentina, tuvo que enfrentar un caso fuera de lo natural. Una chica estaba enferma, y como no se curaba, los padres la llevaron al curandero. El curandero les contó a esos padres que alguien les había echado una maldición. Por eso, les pidió que trajeran algún objeto del vecino de al lado, quien seguramente era el causante del "ojeo" (maleficio). Los padres fueron de noche y, saltando la cerca, robaron una camisa del hombre, que estaba colgada afuera. Volvieron de ese curandero, y este hizo su "payé" (contra-maleficio), para solucionar la situación. Al principio, la chica aparentemente se sanó de su enfermedad. Pero poco después las cosas fueron de mal en peor. La chica, si veía una llave, vomitaba una llave exactamente igual; si alguien leía un libro y ella veía, las páginas del libro comenzaban a volar por la habitación; y otras cosas más. Finalmente, acudieron al pastor. Este vino y, después de escuchar la historia, les preguntó: "¿Fueron del curandero?", a lo que contestaron: ¡No pastor! ¡Cómo se le va a ocurrir decir semejante cosa! Pero el pastor siguió insistiendo, hasta que finalmente confesaron su pecado: Sí, fuimos del curandero. Es que estábamos desesperados. Entonces el pastor dijo: leamos la Biblia. El pastor abrió su Biblia y comenzó a leer. A los pocos minutos la chica enferma comenzó a ponerse mala y, a medida que el pastor leía la Biblia, sus hojas salían despedidas y volaban por la habitación. Entonces pidió que todos leyeran sin cesar la Palabra de Dios en familia, en voz alta. Y así estuvieron leyendo, una noche entera y hasta el día siguiente. Mientras tanto, las hojas volaban de las Biblias por toda la habitación. La niña echaba gritos de furia. Hasta que finalmente se desmayó. Y todo se calmó. Y la niña se curó del mal que tenía. Esta es una historia real que sucedió en nuestra iglesia. Y este pastor aún vive en Buenos Aires. Así se cumplió la palabra del evangelio, que dice que la gente "se admiraban de su doctrina [la de Cristo], porque su palabra era con autoridad" (Lc. 4:32; Mc. 1:22).

1. Mc. 1:21-28: Jesús y los demonios frente a frente

La historia que nos cuenta el evangelio de hoy está ambientada en una sinagoga, es decir, el lugar de reunión de los judíos en cada ciudad donde viven. Pero el templo es uno solo, el de Jerusalén. Bien, Jesús aprovecha el día de reposo para ir a reunirse con sus hermanos de sangre y enseñar la doctrina, el evangelio. "Y se admiraban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mc. 1:22). Los escriban eran los maestros del pueblo, los que enseñaban las costumbres y tradiciones de Israel a la comunidad. Pero esas costumbres y tradiciones habían perdido sentido, porque no tenían fundamento bíblico. Y de esta manera, las tradiciones habían tapado al Cristo crucificado y resucitado que era el centro y eje del Antiguo Testamento. Como bien dijo Jesús mismo a los judíos: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn. 5:39). Y también dijo el apóstol Pedro: "De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre" (Hechos 10:43).

La enseñanza pura y sana de las verdades bíblicas, enfocadas en el centro que es Cristo crucificado y resucitado, por encima de las tradiciones humanas, es lo que Jesús hacía cuando enseñaba en la sinagoga y en otros lugares. Él dice a sus discípulos: "Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse" (Lc. 12:1-2). Esta levadura farisea, que contamina al pan sin levadura que es la Sagrada Escritura, esta hipocresía era la siguiente: que con sus reglas, costumbres y tradiciones había adulterado la enseñanza sana de la Palabra, la habían manipulado de tal forma que el diablo estaba vivo y contento, aun en la sinagoga, porque se creía que había una élite de creyentes, los fariseos, y otra clase más inferior de creyentes. Y era falso, era hipocresía. Es la misma hipocresía se revela hoy día cuando te dicen: ¿Tú tienes don de profecía, tienes revelación, tienes sueño profético, o dones de sanidad, o haces milagros, o hablas en lenguas? Y uno contesta: No, no tengo eso. Pero estoy bautizado, creo en Cristo mi Salvador, creo en la presencia real de Cristo en la Santa Cena, creo en el perdón de mis pecados por causa de Cristo, por gracia, mediante la fe. Creo que por mi propio poder no puedo creer ni venir a Cristo, sino que el Espíritu Santo me da la fe por el Evangelio, me une al Cuerpo de Cristo, la iglesia, y sostiene mi fe hasta el día de la eternidad. Y mientras tanto, vivo mi fe con amor sirviendo al prójimo en mi vocación, en mi familia, en mi trabajo. A

lo cual te retrucan: No, eso no es suficiente, necesitas algo más, algo más “espiritual”: Debes dejar de beber cierta comida, o bebida, etc.; debes tener sueños proféticos, debes recibir la unción de tal o cual profeta o apóstol, debes dar el diezmo para recibir la bendición de Dios, debes peregrinar, ayunar, rogarle al papa, a los santos, a la virgen, debes tener visión de ángeles, debes ponerte la “cintita roja” contra el ojeo, etc. Eso es levadura farisea, la hipocresía satánica que tiene a muchos hoy día esclavizados.

Había un hombre en la sinagoga que sufría esa situación. Y al oír la enseñanza de Cristo, al verse descubierto su pecado, reacciona violentamente: 23 “Pero había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, que dio voces, 24 diciendo: ¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios. 25 Pero Jesús le reprendió, diciendo: ¡Cállate, y sal de él! 26 Y el espíritu inmundo, sacudiéndole con violencia, y clamando a gran voz, salió de él” (Marcos 1:23-26). Este es un exorcismo verdadero. Este hombre realmente tenía un demonio, o varios, porque dice: “¿Qué tienes con nosotros, Jesús?” Y después dice: “Sé quién eres, el Santo de Dios”. “Santo de Dios” es un título para referirse al Mesías. Los demonios saben bien quien es Jesús, y saben para qué vino Jesús: Jesús vino para echar fuera los demonios del corazón, y para destruir a satanás. Y Jesús hace esto mediante su Palabra. Le reprende al demonio y le dice: “¡Cállate, y sal de él!”. Jesús cura a través de su santa Palabra, la Biblia, la única verdad revelada por Dios. Y Jesús sana y efectúa liberación del demonio, del pecado y del infierno, mediante el sacramento del Santo Bautismo. Como enseña Lutero en el Catecismo Menor: *¿Qué dones y beneficios confiere el Bautismo? El Bautismo confiere la remisión de los pecados, redime de la muerte y del diablo, y da la salvación eterna a todos los que creen lo que dicen las palabras y promesas de Dios. ¿Cuáles son estas palabras y promesas de Dios?* Nuestro Señor Jesucristo dice en el último capítulo de San Marcos: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.”

2. “Se admiraban de su doctrina”

El demonio se resiste, pero no soporta la palabra de Jesús, y huye. “Y todos se asombraron, de tal manera que discutían entre sí, diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen? Y muy pronto se difundió su fama por toda la provincia alrededor de Galilea.” (Marcos 1:27-28). En un tiempo donde no había radio, televisión ni internet, las noticias importantes también se desparramaban rápidamente. Esta noticia, es la Buena Noticia de Jesús. La gente “se admiraba de su doctrina”. ¿Cuántos de nosotros nos admiramos de la doctrina de Cristo, cuantos tienen hoy en alta estima la sana doctrina? Porque Jesús dijo “a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; 32 y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31-32). ¿Cuántos estiman la doctrina cristiana, la catequesis, confesada en el Catecismo de Lutero, cuantos estiman altamente el oficio pastoral hoy día, doctrina admirable que libera demonios, que libera conciencias angustiadas y atormentadas por el pecado, por el miedo a la muerte? Cristo vino a salvarnos de todo eso.

3. Jesús, la cruz y el don de la santa cena

Y Cristo vino a salvarnos de algo más terrible aún que el demonio: vino a salvarnos de la ira de Dios, del enojo justo y santo de Dios por nuestros pecados, por tus pecados. Jesús vino a ocupar tu lugar en la cruz, a sufrir y morir por ti; para pagar por tus pecados Él murió. Aquí en la cruz, se revela la grandeza de Jesús, la inmensidad del amor de Dios en Cristo Jesús. Alguien ocupó mi lugar en la cruz, y fue Jesús, mi Señor y Dios. Él me amó y dio su vida por mí. Él pago mi culpa eterna con Dios. Su sangre carmesí me lavó y me limpió de toda maldad. Porque esta es la sangre del Hijo de Dios, la sangre del Cordero sin mancha, la sangre inocente del único Hijo de Dios. Es la sangre del Cordero Pascual, del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Y es el mismo Cuerpo y Sangre de Cristo, entregado por ti y a ti personalmente en la Santa Comunión, en la Santa Cena, para purificación interior, para alimento del alma, y para que Cristo haga habitación dentro de ti, y tú estés en comunión y en paz con él. En la santa Cena Cristo mismo se me entrega como don divino para mí, como pan de vida y cáliz de salvación. Por eso, creo en su Palabra y me acerco dignamente, presentándome delante del altar, no con mi propia justicia, sino como un pecador arrepentido que busca cambiar y ser mejor. ¡Ayúdame Dios mío, y ten piedad de mí, para que con el amor recibido en la santa cena, pueda a su vez dar amor a mi hermano en necesidad, y ser misericordioso, así como tú lo eres conmigo! Amén.